

ELVIRA MÍNGUEZ

LA SOMBRA  
DE LA  
TIERRA



ELVIRA MÍNQUEZ  
LA SOMBRA DE LA TIERRA



© Elvira Mínguez, 2023  
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency  
© Editorial Planeta, S. A., 2023  
Espasa, sello editorial  
de Editorial Planeta, S.A.

Primera edición: febrero de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 267-2023  
ISBN: 978-84-670-6723-1

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conflicencia.com](http://www.conflicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*  
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

## MARZO DE 1896

Villaveza del Agua despierta con un sol legañoso cubierto por el polvo que sacudía con fuerza desde la noche anterior. Los remolinos que llegan hasta el suelo se posan, apenas unos segundos de respiro, y retoman la carrera por la calle principal hasta la fuente y el abrevadero. A su paso, un par de mujeres paradas en las puertas de sus casas se tapan los ojos y giran la cabeza para evitar la polvareda levantada. En el exterior de la bodega, unos parroquianos se sujetan las gorras y cubren el pocillo de vino con la mano, al tiempo que vigilan, serios y sin hacer el menor comentario. En un rincón de la calle, inadvertida, como si fuera una oquedad de la pared, hay una figura femenina toda vestida de negro. Es una anciana que tiene los ojos muy grandes y

opacos. Se cubre con una cofia y manto de luto. Parece ausente, como si tampoco pudiera o le hiciera falta oír.

Desde el almacén de enfrente de la bodega, alguien se asoma, mira hacia la embocadura de la calle y vuelve a meterse en el interior sin cerrar la puerta del todo para poder escuchar la señal. Después de unos minutos en los que solo se oye el silbido del viento, dos niños aparecen a la carrera.

—¡¡Ya traen al Putero!! ¡¡MAMÁ!! ¡¡Mamá, ya llega el Putero!!

Con los gritos de los niños, los hombres de la bodega se meten para dentro y anuncian la noticia al resto de los parroquianos, que no tardan en salir; una de las mujeres caza al vuelo a uno de los chiquillos y lo intenta meter dentro de la casa sin conseguirlo mientras que la otra va a avisar a las vecinas cercanas para después juntarse, dar un paso al frente y con los brazos cruzados esperar en silencio; otras tres o cuatro mujeres salen a la carrera de las casas y se alinean con ellas adoptando la misma actitud que las primeras, algún hombre se asoma a través del visillo; en la puerta del almacén hace su aparición una mujer bastante fuerte seguida de un par de clientas y de su marido. Las mujeres se miran entre ellas con orgullo de grupo mientras que el marido, asqueado, se vuelve a meter en el almacén sin terminar de creerse lo que ve. Todos esperan en silencio.

Al final de la calle aparece la figura enlutada de Atilana abriendo la comitiva. Es una mujer alta y fuerte, de cincuenta y dos años, con pelo entrecano recogido en un moño, facciones marcadas, labios delgados y sufridos y unos ojos negros como un pozo rodeados de profundas ojeras. Camina tiesa, mirando a todos y a ninguno, con los músculos en tensión. Detrás de ella avanzan sus tres hijas igualmente vestidas de luto. Baldo, el hijo, va sentado al pescante de una carreta junto a Fernando Vacas, el hombre que la maneja.

Cuando la carreta llega a la altura de las dos primeras mujeres, estas se giran dando la espalda al cortejo. A medida que pasan por delante de cada una de las mujeres que les hacen el paseíllo, todas repiten el gesto de las anteriores.

Al llegar al final de la calle, Atilana mira por el rabillo del ojo a sus hijos, que observan asombrados lo que está ocurriendo, y toma una decisión: tira de la brida que sujeta Vacas y hace parar la carreta.

—¡Alto!

En la bocacalle de la derecha destaca de las demás una vivienda por tamaño y nivel económico.

—Esperad aquí —ordena.

—Madre. —El hijo intenta evitarlo. Es casi un ruego, pero ella con la mirada hace callar al muchacho. Vacas mueve la cabeza en desacuerdo con la decisión, pero no dice nada, y Atilana inicia la marcha hacia esa casa grande, en la que nunca ha entra-

do, con la certeza de que el espectáculo que acaban de protagonizar está orquestado desde allí y también que la están esperando.

La puerta está abierta. Atilana aparta la cortina que defiende la entrada del frío y del calor, y entra a un pasillo que huele a cerrado y a sudor viejo; tuerce el gesto por el olor. Cuando sus ojos se acomodan a la oscuridad distingue una habitación al fondo; la luz del exterior entra por una ventana tamizada por un visillo y recorta la figura de una mujer obesa sentada de espaldas a la entrada: Garibalda. A su lado, sentada también, hay otra figura femenina que la mira desde lejos. Atilana avanza despacio con intención mientras observa curiosa los retratos que cuelgan en las paredes del pasillo. Son fotografías de un hombre pudiente en diferentes momentos de su vida: es el Indalecio, el difunto marido de la Gorda. La primera fotografía es la más reciente: Indalecio amortajado. En la siguiente aparece posando con otros hombres en las obras del ferrocarril; después, Indalecio, en lo que parece un canal; le sigue un retrato familiar en el que la Garibalda está sentada rodeada de sus tres hijos con Indalecio de pie sonriente por detrás de ella. La mirada de Atilana se detiene por un momento en Braulio, el hijo mayor. Continúa. La última fotografía es un retrato de boda. Atilana se fija en el gesto con-

trariado de la Garibalda en la fotografía. «Esa amargura no es solo por la preñez», piensa Atilana mientras le viene a la mente el recuerdo de aquellos días y el murmullo del pueblo que llegaba hasta su casa. Entra en la habitación. El olor dulzón de una perola que hierve en un hornillo con patas atufa la estancia y saca a Atilana de sus pensamientos.

La Garibalda es la mujer con obesidad mórbida que, sentada, contempla la calle a través de los visillos. Atilana puede ver por encima del hombro de la Gorda su carreta parada ahí fuera. «Así que esta es la garita de vigilancia». Contempla ahora con asombro los brazos enormes de la mujer apoyados en la mesa camilla, las carnes que sobresalen por los laterales de la butaca, esos pies abotargados y tumefactos que se escapan por los bordes de unas zapatillas deformadas. Hace varios años que Garibalda no sale de su casa y bastantes más que Atilana no se la había vuelto a cruzar. Hace las cuentas, el Indalecio murió hace cinco años y ya hacía lo menos otros cinco que no la veía. «La grasa no le deja ya ni moverse». Como si la hubiera escuchado, Garibalda se endereza en su silla y se inclina hacia Tránsito, la hija, mucho más delgada y nerviosa de lo habitual. A pesar de tener un año más que Bela, su hija mayor, Atilana continúa viendo en ella a esa niña asustada que las seguía de lejos. Espera a que la muchacha arranque, sabe que la Gorda nunca habla directamente, de esta

manera nadie puede acusarla de algo que haya podido decir, lo hará a su hija y esta lo repetirá palabra por palabra.

—¿A qué vienes? —pregunta Tránsito. La voz le brota temblona.

—Ya lo sabes, quiero enterrar al Genaro en camposanto —responde a la espalda de la Garibalda sin querer entrar en ese juego idiota. Tránsito escucha atenta la respuesta de su madre.

—No es posible. Ese hombre era un mentiroso y un putero —dice con rapidez, evitando mirar a Atilana directamente.

Atilana se alisa la falda de forma refleja, muerde las palabras al responder:

—Lo de putero bien lo sabes tú... —Garibalda se remueve furiosa con esta respuesta y Tránsito agacha la cabeza. Atilana prosigue antes de que la Gorda pueda replicar—: Lo fue, igual que lo fueron tu padre y su padre antes que él, y a todos se los enterró en el cementerio. No pido para mi marido nada que los demás no hayan podido tener.

La Gorda acerca a Tránsito de un tirón hacia ella.

—No mientras yo esté viva. Haz con ese malnacido lo que quieras, pero no en el cementerio, no merece ni compasión ni descanso. Su muerte servirá de ejemplo —reproduce la vocera con tensión. Su mirada pasa con angustia de una a la otra.

—Hubo un tiempo en el que no pensabas así —le arroja con rapidez Atilana a la vez que obser-

va cómo se cierra con rabia el puño de la Gorda sobre la mesa. Continúa incordiándola—: Bien que te achantabas de decir esto mientras coleaba. Y ahora que parece que te queda poco para seguirle, ¿te envalentonas? Tienes muchos pecados por los que pagar, Garibalda. Deberías temer lo que se vaya a decir de ti en este mundo, y lo que te espere en el infierno al que vayas —escupe con malicia Atilana.

La espalda de Garibalda se eriza con las últimas palabras. Tránsito da un respingo en su silla y observa de soslayo a su madre.

Por encima del hombro de la Gorda, Atilana ve que en la calle Bela tiene un repentino vómito; se percata de que Garibalda, como un aguilucho cuando localiza una presa, se ha estirado en su silla al verlo y habla para intentar cambiar la atención de la Gorda de lo que ocurre afuera.

—Llegará el día en el que me siente a ver como mueres, Garibalda.

Atilana lo dice con prisa mientras comienza la salida asqueada de la situación y de ese olor que se le mete hasta el tuétano. Cuando está llegando a la embocadura del pasillo escucha la advertencia de Tránsito:

—Cuida de tu hija, Atilana. Siempre has sido ciega y sorda para lo tuyo. Has tenido a la zorra viviendo en tu gallinero y todavía no te has enterado de las gallinas que se te ha comido.

Una risa estertórea sale de la garganta de Garibaldada. Y con este desagradable sonido retumbando en sus oídos, Atilana sale de la casa.

La cortina de la puerta cae sobre su salida.

La polvareda desciende con ellos por el camino del cementerio. Entre vaivenes avanza hacia el bajo del vestido y los zapatos llenos de polvo de Atilana, que camina junto a la rueda trasera de la carreta. Cierra los ojos para protegerse y se peina con ambas manos el mechón de pelo que el dichoso viento se empeña en sacar del moño.

A su lado caminan sus tres hijas. Las observa en silencio. Las dos menores se protegen igual que hace ella de los envites del viento cada vez más fuerte. Sin embargo, Bela no lo necesita, parece que su cuerpo delgado y flexible se ajustase al viento aviniéndose a sus deseos sin pelea de la misma manera que su belleza se acomoda sin dudar a su talle. Nació con un ojo de cada color (Tina, cuando era niña, decía que su hermana con el ojo azul podía ver a las personas por dentro y con el marrón por fuera). Bela avanza en silencio y pensativa como siempre. Cuando cumplió los diez años, su carácter cambió y comenzó a mirar sin prestar atención, rozando apenas a las personas con sus extraños ojos. Solo parecía interesarle algo dentro de sí que únicamente podía ver y oír ella. Atilana trataba de sacarla de allí, de

donde demonios estuviera, a voces, notando cómo le hervía la sangre, hasta que, despacio, Bela volvía a rozarla con sus ojos. Ahora andaba otra vez más allá de ese camino de tierra seca. De no tener la certeza de que había salido de sus entrañas, Atilana habría jurado que no era suya. Retira su atención de Bela fijándose en su hija pequeña.

A Juventina le gustaba que la llamaran Tina, y así es como se ha quedado. Fue una niña que se empeñaba en ser una adolescente y ahora es una adolescente de quince años que se empeña en ser una mujer. No es hermosa, pero llegará a serlo; su pelo es zaino, largo y duro como la crin de un caballo. Resignada, Atilana lo mira flotar suelto en el viento, en cuanto salieron de casa se quitó la cinta que ella le había puesto para sujetarlo. Tina es todo cabezonearía y futuro. No hay nada que Atilana pueda hacer para atarla al aquí y ahora; para ella el presente es un paso al que sigue otro y otro más. Le cuesta detenerse para hacer cualquier cosa y ni con el cinto Atilana consigue doblarla. Sin embargo, lo ocurrido con las mujeres en el pueblo parece que la hubiera inquietado, y ahora, para sorpresa de Atilana, va sujeta con fuerza a la carreta, seria y callada.

A su lado está Amparo. A pesar de ser mayor que Tina, no hay en su cuerpo nada que anuncie que vaya a manchar pronto. Es, con diferencia, la menos agraciada de todas. Tardó en nacer y la ausencia de llanto en aquella boca desdentada y floja le produjo a

Atilana un rechazo que no pudo ocultar. Se repetía a sí misma que solo era una niña y que esa mirada hambrienta que siempre tuvo al vigilar a los peones en la finca eran solo imaginaciones suyas, pero una especie de náusea le apretaba la boca del estómago cuando la veía merodeando entre ellos. La misma que sentía ahora al verla contemplar el perfil y la espalda de Fernando Vacas, sentado en el pescante de la carreta.

—¡Amparo! —la amonesta. Amparo se vuelve hacia ella sin cambiar ese rasgo en su rostro que le repele tanto. El Genaro decía que aquello era propio de su rama, que él recordaba a una tía a la que llamaban la Sinsorga porque era algo retardada y tenía esa misma barbilla caída y como sin vida. Sin embargo, Atilana sabe que su hija no es tonta precisamente. Nota la mirada de Amparo tan negra como la suya clavada en sus ojos y un escalofrío le recorre el cuerpo. Se cubre un poco más con el mantón y se refugia en Baldo, su descanso.

Baldo se lleva tan solo unos pocos meses con Tina, y es su preferido; adora su cabello castaño a tono con sus ojos, a tono con el otoño en que nació, ese cuerpo largo y su perfil de hombre que le hace parecer mayor de lo que es. Atilana se sorprende siempre de haber podido engendrar un ser tan perfecto. Entonces la entraña le había susurrado que iba a traer un varón al mundo que sería después el hombre que la amaría y cuidaría siempre, y quiso

comprender que todo lo pasado se había escrito solo para la llegada de ese niño. Cuando Baldo nació, Atilana pudo reconocer en ese pedazo de carne inocente la parte de ella misma que siempre había necesitado que cuidaran.

—Te llamarás Baldo, como los hombres de mi familia —le murmuraba mientras le acariciaba embozada—. Estudiarás para ser médico, y siempre cuidaremos el uno del otro.

Atilana coge aire para respirar el amor que le ahoga cada vez que piensa en él.

—¡Eaaaaee! —Vacas arrea al caballo.

Atilana observa indiferente la espalda del hombre que su hija Amparo no deja de mirar y que se ve ancha y fuerte todavía, aunque, en realidad, no sabe la edad que tiene y poco le importa. Su orgullo le impide reconocer que Vacas se ha convertido en este tiempo en su principal apoyo. Nunca le ha visto más que como uno de los tantos acreedores de su marido, a pesar de que la mirada del hombre hacia ella no es precisamente de indiferencia. Simplemente no hace caso de esa mirada.

Atilana se alisa la falda y se sujeta con las dos manos el pelo y los pensamientos. Delante se dibuja el cementerio al que se dirigen.

La puerta del cementerio está cerrada a cal y canto. No se ve a nadie alrededor.

—¡Maldita sea su alma! —Atilana se podía imaginar que la Gorda hubiera dejado dicho a ese

cura loco del pueblo que no le asistiera, pero que el maldito orate desapareciera cerrando a cal y canto el cementerio... Al final se la llevan los demonios—. ¡¡¡ASÍ REVIENTE ESTA NOCHE!!! —grita, intentando arrancar el candado. Los hijos agachan la cabeza al ver la furia de su madre y aguardan en silencio mientras se desahoga. Fernando Vacas mira sin afectarse a su alrededor buscando una solución. Cuando parece que Atilana se ha calmado un poco, se apea de la carreta y se dirige a ella.

—¿Qué quieres hacer, señora? —Ella se da la vuelta todavía furiosa, le mira primero a él y luego a todos los demás, buscando en ellos alguna justificación para seguir descargando su ira, pero solo se encuentra la mirada tranquila del hombre. Enfrente del cementerio hay un terreno donde se ven algunas cruces hechas con palos que saltean la tierra. Es el espacio donde se depositan los cadáveres de los desgraciados que Garibalda condenó. Atilana sopesa las posibilidades que tiene. Quiere terminar con todo esto cuanto antes, pero no quiere acatar las normas que esa enferma ha impuesto en el pueblo. Mira a Fernando pidiendo una solución: el hombre le señala otro terreno donde solo crecen abrojos al costado del cementerio entre las ruinas de un viejo cercado. Después de unos momentos, Atilana da la orden:

—¡VAMOS!

Sin mediar palabra, su hijo Baldo tira de las bridas y dirige la carreta detrás de su madre.

Fernando y Baldo han pasado unas cuerdas por debajo del ataúd y entre las chicas y ellos dos lo han empujado hasta el borde. Atilana, de espaldas a ellos, contempla el cementerio. Parece que no hay nadie, solo una tapia baja y las cruces dándoles la espalda; sin embargo, más allá, escondido entre ellas, asoma la cabeza el cura del pueblo. Es un hombre escuálido, con la sotana raída y sucia, que parece más un indigente que un hombre de Dios. Vigila lo que hace Atilana sin atreverse a acercarse. Atilana repara en él y murmura: «¡Alimaña!». El ruido de la caja en el hoyo la saca de sus pensamientos, se gira y afirma con la cabeza. Fernando y Baldo comienzan a echar paladas de tierra. Atilana contempla a sus hijos uno a uno y piensa en la manera de poder salir adelante después de que todos aquellos a los que debía dinero le hayan reclamado las deudas de su marido.

\* \* \*

Esa misma tarde, Garibalda escucha los chismes que el padre Agustín le ha traído a casa. Tránsito asiste a la conversación sin decir nada, pendiente de los ademanes exagerados con los que el cura acompaña el cuento para hacerse entender mejor.

—... pero la había atrancado para que no pudiera pasar, tal y como me dijo, y ella tiraba y tiraba de la cadena, pero yo la había atado tan fuerte que no pudo romperla, de la misma forma que usted me dijo, señora... Doña Garibalda...

Agustín se queda en silencio, cambia el peso de una pierna a otra a la espera de algún gesto de aprobación por parte de la Garibalda, pero esta no dice nada. Al hombre no se le ocurre qué puede añadir, salvo encomendarse al Altísimo, y es lo que se dispone a hacer cuando por fin la Garibalda sonrío satisfecha y le hace una pequeña seña a Tránsito para que le acerque la caja que conoce bien. El cura se tranquiliza un poco y se anima. La Gorda saca unas monedas, las cuenta, retira algunas del monto y le ofrece el resto al sacerdote que, al ver que es menos de lo que traía en mente, comienza de nuevo el baile de San Vito.

—Señora... Garibalda... El tejado de la iglesia tiene un agujero grande por donde entran las palomas, y cagan en los bancos. La otra mañana me encontré a un par de ellas forni... —se santigua—, sobre el altar... —Se vuelve a santiguar convulsivamente.

La Garibalda suspira con fuerza y le da las monedas que había retirado antes y que todavía tenía en la mano. Agustín se agacha y cabecea mientras se golpea el pecho complacido.

Espera a ver si la señora tiene a bien obsequiarle con algo más, tal vez un buen pedazo del tocino que

está encima de la mesa, pero al comprobar que las dádivas se han terminado por hoy, comienza la retirada entre genuflexiones.

—Agradecido, doña... Señora. Esta parroquia le debe todo a usted y a su santo marido, que descansa a la diestra de Nuestro Señor Padre, por su enorme generosidad y bondad, así como usted misma que el...

Garibalda está harta y cansada de aguantar las pláticas del orate.

—Agustín, quiero saber todo lo que ocurre con ella.

El pobre Agustín se para en seco al oír su nombre, y, cuando la señora Garibalda termina de hablar, continúa con la salida en silencio y agradecido de poder marcharse de allí.

\* \* \*

La finca en la que vive Atilana y los suyos fuera del pueblo está formada por la casa familiar, la cuadra, el establo, un corral para conejos y gallinas, algo que no llega a ser una cochinería, y un par de tierras de cultivo. Hay un pozo que abastece de agua a la casa, y el alojamiento de Fernando Vacas en un extremo del terreno. Formaba parte de la dote que Atilana aportó al matrimonio. Hace veinte años, las dos tierras se trabajaban siempre en sistema de rotación: cereales, alimento para el corral y tiempo para que

el suelo descansara. Las cosechas, las gallinas y los conejos proporcionaban suficiente sustento para la familia. No eran ricos, pero nadie podía decir que les faltara de nada, y cada temporada eran capaces de pagar el jornal a un par de hombres para la siega. Eran buenos tiempos en los que no tenían que hacer cuentas para estirar el pan. Llegaron las hijas y con ellas el cansancio y las invenciones del Genaro para sacar más dinero sin doblar tanto el lomo como lo estaban haciendo. La fe que Atilana tenía en su marido comenzaba a desvanecerse, y la desconfianza de una parte trajo la agresividad de la otra.

Después del nacimiento de Amparo, la segunda hija, Genaro empezó con los negocios en la Peña de Francia, en la provincia de Salamanca. Eran negocios de los que Atilana nunca sabía nada, solo veía que la casa se vaciaba un poco más a cada nuevo viaje de su marido. Golpes, su propia incapacidad para reaccionar, el arrepentimiento de Genaro, de nuevo la fe de ella en que él cambiaría y cada vez más tiempo que Atilana pasaba sola.

Así fue durante años. Hasta que apareció Fernando Vacas en la finca.

El día que llegó preguntando por su marido, las marcas en la cara de Atilana de la última visita del Genaro estaban recientes. Lo vio acercarse a pie por el camino de atrás. Ella arrancaba la mala hierba y continuó con su trabajo hasta que lo tuvo más cerca y se dirigió a ella. Atilana observó unas botas gran-

des y desgastadas que pisaban con cuidado la tierra. Dijo que se llamaba Fernando Vacas y que buscaba a Genaro Bernardino. Cuando ella se incorporó pudo notar cómo el hombre miraba los morados de su cara y endurecía el gesto. Tenía unos ojos del color del ámbar que dejaban ver lo que pensaba. Su cara estaba curtida por el sol y atravesada por una cicatriz que le remarcaba la mejilla. Sus hombros eran anchos y fuertes, y sus manos enormes sujetaban un petate al hombro. A pesar de su tono de voz y sus modales suaves, Atilana pudo sentir algo amenazante en el hombre.

—¿Para qué lo quiere? —pregunta incómoda ante esos ojos que quieren rebuscar en sus heridas.

—Vengo a cobrar lo que me debe —responde él después de unos segundos en los que parece valorar la respuesta.

Atilana suspira antes de contestar.

—No está aquí y no sé cuándo volverá. Y... Yo no puedo pagarle. —Se vuelve a agachar hacia la tierra para evitar que el hombre descubra su azoramiento.

Vacas la observa en silencio, después se gira hacia el pozo.

—Le esperaré. ¿Le importa que beba un poco de agua? —Habla con amabilidad.

—Haga lo que le parezca, pero sería mejor que lo buscara en otro lado —le dice tajante.

Vacas le agradece con un gesto de cabeza y se encamina a beber. Atilana se incorpora.

—Dígame, ¿es grande la cantidad que le debe?  
—pregunta alzando la voz.

El hombre se detiene y da la vuelta.

—Sí, bastante.

—Lo siento. —Es lo único que acierta a decir Atilana.

Después de beber se sentó a esperar apoyado en el brocal del pozo. Los hijos se asomaban cada cierto tiempo para comprobar que seguía allí. A la noche, Atilana lo vio acomodarse en la tierra y quedarse dormido. Al día siguiente, Vacas dejó sus cosas y se marchó caminando en dirección al pueblo. Al cabo de unas horas había regresado con provisiones y algunos utensilios para pasar el tiempo.

Atilana temía lo que se empezara a decir de aquella situación. En un par de ocasiones le increpó para ver si de esa manera conseguía que se marchara, pero por respuesta él solo miraba los restos de las marcas de su cara para reafirmarse en su decisión de esperarle. Una mañana se acercó a la tierra sobre la que Atilana estaba inclinada y en silencio empezó a trabajar a su lado. Ella no levantó la cabeza del azadón.

Genaro regresó después de unos meses. Vacas entonces ya se había instalado bajo el cobertizo del chamizo de los aperos. Cuando vio al Genaro acer-

carse por el camino fue a su encuentro. A través de la ventana de la cocina, Atilana pudo ver el primer intento de su marido de darse la vuelta al ver que Vacas llegaba hasta él y cómo este lo sujetaba con fuerza por el brazo. Vio que Genaro miraba hacia la casa negando con la cabeza y a Vacas estirarse y agarrarlo con fuerza del codo, observó a su marido caminar con la cabeza gacha al tiempo que escuchaba lo que el otro le decía a su lado, lo vio lloriquear, enfurecerse hasta llegar casi a las manos con Vacas, luego achantar con miedo, hasta que al final, Vacas firme y serio y su marido, amilanado, se dieron la mano. Después, Genaro se volvió a marchar sin pasar por la casa, mientras Fernando se acercaba y la llamaba para que saliera.

—Ya no te volverá a tocar, nunca más —dijo con su tono de siempre.

—¿Va a volver? —preguntó ella entre aliviada y culpable.

—No, de momento, pero también es su casa, señora, aunque si vuelve, sabe que yo voy a estar aquí. Siempre —remachó con intención.

Fernando esperaba una respuesta de Atilana. Ella, para evitar la insinuación, dirigió su mirada hacia la cabaña de los aperos.

—Te ayudaremos a poner ese chamizo en orden —fue su respuesta. Fernando asintió mirando al suelo—. ¿Y la deuda? —preguntó Atilana con preocupación.

—Está todo arreglado —contestó Vacas mientras se dirigía dañado a su nuevo hogar.

Después de aquello, cuando muy de vez en cuando Genaro volvía a la casa, se encerraba en su alcoba y descansaba durante varios días seguidos hasta recuperarse del trajín que hubiera tenido. Ayudaba a Vacas en algunas labores, manteniéndose siempre alejado de ella, pero, por las noches, Atilana le sentía salir de su cuarto; entonces se tapaba la cabeza con las mantas para no oír aquellos pasos que se acercaban y que, al cabo de unos minutos en los que le suponía escuchando fuera de su cámara, se encaminaban de nuevo por el pasillo.

Hace ya tres años desde aquel día en que Vacas apareció en la casa preguntando por el Genaro.

\* \* \*

Esta tarde, en la finca de Atilana, unos hombres terminan de organizar el transporte de una vaca, un ternero y el caballo que tiraba de la carreta. No habían sido los únicos. Desde que llegó el cadáver de Genaro cosido a puñaladas por alguien en cualquier revancha, todos a los que debía algún dinero habían corrido a cobrar lo suyo despojando a Atilana de los bienes que con tanto esfuerzo había podido salvar durante este tiempo. Fernando intentaba convencerles apelando a algún tipo de derecho, pero poco podía decir ante los pagarés firmados por Genaro que ellos empuñaban.

Por la noche, Atilana y Fernando hacen recuento de lo que queda. Atraviesan la puerta del corral y observan en silencio a la única vaca que hay dentro, iluminada por el candil que llevan. Es una vaca famélica que tumbada en la paja parece estar a punto de morir. Atilana se gira y sale para acercarse a la cochinería. Entra seguida de Fernando. Solo queda el puerco viejo y feo.

—Dime, ¿falta alguien más por llegar? —pregunta asqueada.

—¿Acaso queda algo más por llevarse? —responde él con resignación.

—Mis hijos, yo misma... La casa... —enumera con sarcasmo. Fernando tarda unos momentos en contestar, los suficientes para que Atilana se gire hacia él con atención—. Dime —le ordena.

—No, que yo sepa —contesta, eludiendo la mirada de ella mientras acaricia al marrano.

Atilana continúa con los ojos clavados en él, puede sentir su desazón.

—Mientes.

Vacas duda si continuar o no. Arrastra con el pie los restos de comida hacia el animal.

—He oído que vendió la tierra —le dice sin parar de moverse.

—¿A quién?! —grita Atilana, suspicaz.

Vacas se queda quieto, con la cabeza gacha de espaldas a la mujer. No contesta, pero ese silencio es suficiente para que ella entienda. Después de unos momentos estalla.

—¡Maldito bastardo! ¡Así se encuentre todo el mal que nos ha hecho!

Se da la vuelta y sale de la pocilga. Fernando la ve alejarse, preocupado.

Atilana camina por la casa alumbrada solo por el candil. Se para un momento delante de una alcoba en la que están dormidas Juventina y Amparo. Cuando su madre se aleja de la entrada, Amparo se levanta y se asoma al pasillo. Atilana se ha detenido ahora en el hueco de la siguiente alcoba, la de Bela, que duerme agitada. Otra vez está viviendo la misma pesadilla que le atrapa el sueño desde hace años, se queja y murmura palabras sueltas: «No... por favor... no...». Atilana la observa, agacha la cabeza y cierra los ojos, sin querer ver lo mismo que Isabel está viviendo en la pesadilla.

\* \* \*

Aquella noche de hace nueve años, Atilana se había despertado sobresaltada al oír un ruido extraño. Al prestar más atención, pudo distinguir a alguien que se quejaba entre unos gruñidos que reconoció al instante. Miles de agujas se le clavaron en la piel de todo el cuerpo y la náusea vieja de cuando era niña le cerró la garganta. Consiguió saltar de la cama y comenzó a correr por el pasillo que se le antojaba en ese momento más largo que cuando se fue a dormir. Llegó a la entrada de la primera alcoba. Hizo un es-

fuerzo por obligarse a ver todo, a recordarse que no era ella la que se quejaba, a tener una imagen completa porque necesitaba toda la información para salir de aquella parálisis que la atenazaba de niña y que ahora la asaltaba de nuevo.

Las paredes de la alcoba parece que se acercaran y alejaran encerrando a su marido que, de pie, con los pantalones bajados por detrás de su hijo, le tapa la boca a Baldo desnudo de rodillas sobre la cama. Atilana se obliga a cerrar los ojos unos segundos para no perder el sentido. No es capaz de oír más que sus propios latidos que le estallan en los oídos, y su respiración cavernosa. Al abrir los ojos de nuevo, distingue a Bela acurrucada en su cama con las mejillas llenas de lágrimas que la mira con terror, y a Baldo que, aunque ella no puede oírlo, siente que la está llamando a gritos. Atilana tiene que sacudir la cabeza para no hundirse en el pozo negro que se abre ante ella; se lanza contra su marido con toda su fuerza, él intenta mantener el equilibrio, pero Atilana, de un segundo empujón, lo lanza como un fardo contra la pared. Está recogiendo al niño cuando Genaro se levanta y le agarra de nuevo para arrebatárselo, la mira con los ojos llenos de rabia, ella tira del niño con todas sus fuerzas hacia sí. Como si fuera un muñeco de trapo, Baldo baila de un lado a otro. Con el grito de Bela llamando a su hermano, ambos pararon de tironear del niño. Las miradas de Atilana y de Genaro se cruzan durante unos instantes en los que ella —que Dios le

perdone—, le ofrece en silencio a su hija a cambio de salvarse a sí misma. Genaro comprende el sentido de la expresión de su mujer, suelta al niño y se gira hacia Bela. Atilana abraza a su hijo, lo coge en brazos y se dirige hacia el pasillo. Baldo llama a su hermana, sin quitarle la vista de encima, golpea a su madre para que le suelte, con los puños, con las piernas, pero Atilana no afloja su abrazo. Bela se sujeta a la mirada de su hermano para no caer, Baldo se agarra fuerte al ojo azul de Bela, el que puede leer lo que tenemos dentro, para que sepa que nunca estará sola. Y se miran para siempre; hasta que madre e hijo salen de la alcoba y la cortina se cierra detrás de ellos.

Aquella misma noche, Atilana cogió la ropa y las cosas de su marido y las volcó en una pequeña estancia ciega que había en la casa destinada al almacenaje de trastos. Las cosas del niño pasaron a su propia alcoba donde Baldo estaría siempre a salvo.

Amparo contempla ahora a su madre entrando en su alcoba. Puede oír los quejidos de la pesadilla de su hermana mayor, los repite entre susurros ridiculizándola, después se da la vuelta y regresa a su cama sin que Juventina se haya dado cuenta de nada. Mientras se oyen los murmullos de su hermana comienza a acariciarse debajo de la manta.

\* \* \*